

SI había una persona en Coraleja que todo se lo debiese a su propio esfuerzo ese ser era el bueno de don Leoncio. Hijo de un modesto barbero, había hecho un im-
probo esfuerzo para terminar la carrera de practicante desde el mismo Coraleja y entre barba y barba iba entrando en los secretos de la ciencia de Galeno. Alternaba después ambas profesiones y era el hombre que más rápidamente iba siempre de un extremo a otro de la ciudad. Su vida era un continuo ajeteo, sus noches un sobresalto, sus descansos accidentados y sus afanes continuos. Y lo peor era que sus sudores no le lucían por su excesiva conciencia a la hora de cobrar, ni encontraba tampoco ocasión ni lugar para un rato de esparcimiento.

Fisicamente tampoco tenía don Leoncio que agradecer demasiado

LA HERENCIA

Por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA

al Creador pues era chiquitito y esmirriado, alado de pies y cargado de espaldas, estrecho de frente y amplio de barba, pequeño de ojos y grande de nariz.

Solía ir apoyado en un bastón con puño de plata y lo mismo se paraba en su camino para dar a los chiquillos de los amigos un caramelo que para pedir un cigarro a cualquier conocido.

Llevaba treinta años ejerciendo en Coraleja, allí había nacido y conocido al dedillo la historia pública y privada del lugar. Sabía de las falsas grandezas de unos y de los callados capitales de otros, de los trapicheos de algunos y de las miserias de los más.

Por un problema de honor se casó con Florinda, a la que respetaba de casado mucho más que lo hizo de soltero. En casa no se atrevía a coger una flor de las macetas, ni a tirar una colilla en el suelo, ni a cantar sus añorantes canciones de la juventud.

Antes de entablar relaciones con Florinda había sido novio de la

chica de mejor posición económica del lugar, Luisita, la hija del indiano don Ignacio, pero unos meses antes de concertarse la boda, su prometida tuvo una ocurrencia:

—Para demostrarme los sacrificios que estás dispuesto a hacer por mí quiero que vayas andando descalzo, en peregrinación, a Roma.

—Vaya un capricho, ¿y no te daría lo mismo a la ermita del Humilladero?.

—No, no, tiene que ser a Roma.

—Por Dios, Luisita, que ya sabes lo mucho que yo padezco de los pies.

—Por eso, porque es un verdadero sacrificio, es por lo que tiene mérito.

—No, pues yo no voy. Te lo aseguro.

—¿Y eso es lo que me querías?. ¿Eso es lo que estabas dispuesto a hacer por mí?. Hemos terminado.

Y así fué.

Leoncio se resignó y se entregó, para olvidar su amor, a la cría de gallinas y pollitos. Invirtió sus ahorrillos en un pedacito de tierra que le vendieron en las afueras de la ciudad, a un precio bastante exagerado y construyó un magnífico gallinero con todos los adelantos modernos. Aquello tenía todas las exigencias, comodidades y regodeos que soñasen las gallinas más sibaritas. Los bebederos eran de aluminio, los piensos de las mejores marcas, el agua filtradita y una instalación eléctrica con una lámparas de intrarrojos, para que no pasasen frío en invierno, que le habían costado una millonada y que tenían a las aves en el más delicioso de los mundos. Aquellas sí que eran las gallinas de los huevos de oro.

Allí invirtió don Leoncio todos los dineros que iba obteniendo de la barbería y de los pinchazos. Llevaba escrupulosamente su contabilidad y no le apuraban las pérdidas porque las gallinas estaban cada vez con mejor aspecto y el gallinero limpio y presentable donde hubiera gallineros en el mundo. Aquello duró hasta que se casó con Florinda que se lo hizo vender por una ridícula cantidad, pero el argumento de ella no podía ser más fuerte:

—Está primero nuestra alimentación que la de las gallinas y lo que tú ganas no da para mantener dos casas.

Ante esto don Leoncio tuvo que ceder.

Cierto día pareció al fin, que la fortuna le mostraba su más halagüeña cara. Don Leoncio tenía una tía, su tía Felipa, solterona y acaudalada anciana que le quería como a un hijo y le había prome-

tido una buena manda en su testamento. El fallecimiento de la tía Felipa sobrevino en un hermoso día de primavera. Abierto el testamento se comprobó que, efectivamente, la tía Felipa dejaba a su querido sobrino Leoncio cuatro grandísimos armarios de madera de nogal que la buena señora tenía en especial estimación.

Don Leoncio se lo agradeció y mandó que los llevaran a su casa, ya que la de su tía la ocuparon inmediatamente otros parientes lejanos.

Cuando doña Florinda vio los cuatro armarios desde el balcón de su domicilio se asustó y con razón pues los armarios eran descomunales, inusitados, elefantiacos. Y desde arriba gritó a su marido.

—¿Pero qué es eso?. ¡Hasta ahí podía llegar la broma!. Aquí en casa no intentes entrarlos porque salen por el balcón.

Don Leoncio desde la mitad de la calle usó de sus mejores razones.

—Es que son los armarios de madera de nogal de la tía Felipa y valen un capital...

Doña Florinda lanzó su ironía en «picado»:

—Sí, eso es lo que debía haberte dejado tu tía querida, el capital y no estos armatostes.

—Por favor, Florinda, que nos están escuchando los vecinos. Cuántos quisieran tener unos armarios como estos.

—Si hubiera sido uno solamente —transigió doña Florinda— pero vamos, cuatro... Se necesita mala intención.

Don Leoncio se asomó al pequeño resquicio que le había dejado abierto su mujer, para decir:

—Bueno, pues déjame siquiera subir uno.

—¡Ni uno, ni ninguno! —clamó doña Florinda—. Y no me hagas dar más voces, que estamos dando el espectáculo.

Don Leoncio se atrevió a insinuar.

—Pero yo no me voy a estar aquí con los armarios toda la tarde. Echalos un vistazo desde ahí mientras yo voy a casa de Corchado a ver si él me dá alguna solución.

Doña Florinda bramó:

—¿Quién, yo?. ¿Yo voy a estar aquí contemplando los armarios con el solazo que hace?. De eso se iba a estar riendo tu tía desde el infierno.

Y sin más explicaciones se retiró del balcón.

Don Leoncio se hallaba perplejo. Pensaba que sin ir a buscar la ayuda de Corchado no sería capaz de solucionar el conflicto y por

otra parte, ¿cómo iba a dejar allí sólo los armarios, sin una vigilancia apropiada?.

De pronto pasó por allí don Román, el médico del lugar.

Don Leoncio se lanzó a él como el náufrago a la tabla de salvación:

—¿Quiere hacer Vd. un favor don Román?.

—Ya lo creo. ¿Tiene Vd. a alguien enfermo?.

—No, no señor. ¿Lleva Vd. mucha prisa?.

—Pues sí, bastante, porque voy a ver a la tía Martina que está muy grave.

—Bueno, entonces nada. Es que era para cuestión de un buen rato.

—Pues luego volveré porque ya le he dicho que ahora llevo prisa.

—No, se moleste, que ya habré resuelto el asunto para entonces.

—Le encuentro a Vd. un poco raro, don Leoncio. Dígame lo que sea.

—No, ¿para qué, si no puede Vd. echarme una mano? ¿No se ha fijado Vd. en estos armarios?.

—Sí, hombre ¿cómo nó?, pero no creo que piense Vd. que yo le ayude a subirlos a su casa?.

—No, don Ramón, por Dios, es que necesito alguien que se quede al cuidado de ellos mientras yo voy a avisar al amigo Corchado.

—No puedo pararme más. Vd. dispense. Hasta luego que volveré por aquí, porque me tiene Vd. intrigado.

Don Ramón se fué y don Leoncio quedó solo en la calle.

Pasaron media hora y no aparecieron más que tres o cuatro chilillos que se empeñaban en jugar y correr entre los armarios. Don Leoncio pensó cuan prudente era en su guardia. Se iba cansando de permanecer de pie y se apoyó en un armario primero y como se acentuase la molestia mandó recado, con un niño, a su mujer para que le bajase una silla.

—¿Pero todavía estas ahí?—increpó doña Florinda desde una ventana.

—¡Y lo que haga falta!—prometió con entereza don Leoncio.

Doña Florinda se retiró de la ventana y tuvo la corazonada de enviarle una silla. Don Leoncio se acomodó en ella y fumó varios cigarros. A eso de las cinco y cuarto, por un extremo de la calle, vió venir el camión de Anselmo cargado con dos cubas de vino. Como los cuatro armarios obstruían el paso por completo en la estrecha calzada, Anselmo tuvo que parar su vehículo unos metros antes de llegar al lugar donde estaba sentado don Leoncio y preguntó:

—¿Van tardar mucho don Leoncio?
 —¿En que, hijo?—interrogó a su vez el practicante.
 —En subir los armarios.
 —No, si no los van a subir
 —¿Es que los acaban de bajar?
 —No, tampoco. Es que me los ha dejado en herencia la pobre de mi tía Felipa que en paz esté.

—Ya.
 —Y no sé donde llevarlos, porque en casa no caben.
 —Yo creo que sí. Vamos a verlo.
 —No Anselmo, no, que ya lo hemos intentado.
 —Pues lo habrán hecho mal, porque de canto o por el balcón estoy seguro que entrarían. Ya verá Vd. como entre Miguel y yo los subimos.

—No, hijo, es que, mira, tampoco puede ser porque están todas las habitaciones de la casa llenas de muebles y como es natural mi mujer no quiere deshacerse de sus cosas.

—Ah, bueno, eso ya es otro cantar, pero como Vd. comprenderá yo no voy a estar aquí toda la tarde sin poder pasar.

—No, hijo, ¿quieres quedarte aquí al cuidado de ellos mientras yo voy a hablar con Corchado?

—Bueno, pero venga Vd. pronto que tengo que dar otro viaje todavía.

Don Leoncio corrió como un gamo hasta llegar a la casa de su gran amigo Corchado, la cual estaba en el otro extremo de la ciudad.

—Vengo sin aliento.

—Ya te veo, ya. ¿Qué pasa?. ¿Algo malo?.

—No hombre. Tú ya sabes lo de mi tía Felipa.

—Sí, hombre, ha sido una buena manda.

—Ya lo creo. Son cuatro armarios hermosísimos, pero es que los tengo en la calle.

—¿En la calle?.

—Es que ya sabes lo que es Florinda. Se ha puesto bruta y no me los deja subir a casa. Y allí están en plena calle y el camión de Anselmo esperando a que los retire para pasar y yo sin saber donde meterlos.

—Pues sí que es buena. ¿Por qué no los retiras hasta la plazuela?

—Sí, un rato sí, ¿pero y luego?, porque no creo que pienses que los voy a dejar al aire libre!.

—Pues mira los traemos aquí a casa.

—¿Pero tú has visto los armarios?.

—No, yo no.

—Por eso lo dices. Son grandísimos. Lo menos ocupan dos habitaciones entre los cuatro.

—No, no, entonces no puede ser.

—Y el pobre Anselmo que estará esperando.

—Mira, que aguante un poco. Vamos a ver a Virgilio que tiene una cochera muy grande y a lo mejor te soluciona el asunto.

—¿Y si no lo resuelve?.

—Pues ya veremos...

—¿Y el pobre Anselmo?. Yo no hago más que pensar en él.

—Vamos rápido a casa de Virgilio.

Corrieron por calles laterales y llegaron a la casa de Virgilio todo sofocados. Virgilio fué claro y conciso;

—Imposible de todo punto. Necesito el local para el negocio.

A Corchado se le ocurrió una idea salvadora:

—Oye, Leoncio, ¿y por qué no vendes los armarios?.

—¿Y a quién?.

—Hombre, eso ya se vería. Primero tienes que poner un anuncio en el semanario de aquí

—¿Y hasta el jueves que se publica *El Brisas de Coraleja*, vamos a tener allí al pobre de Anselmo, con el camión parado?, Además, por el momento, yo no me quiero desprender del único recuerdo que me ha dejado la pobre de mi tía Felipa.

—¿Entonces, qué demonios quieres, Leoncio?.

—Mira, yo estoy volado por el bruto de Anselmo que tenía mucha prisa y que es capaz de hacer cualquier barbaridad. Vamos allá a ver si entre los tres y don Román que también ha quedado en volver, encontramos una solución. Se encaminaron hacia allá y cual sería su asombro cuando al llegar no vieron a la puerta de la casa ni al camión de Anselmo ni a los armarios. Don Leoncio se alarmó:

—¿Y qué hago yo ahora? Tendré que avisar a la policía.

—No, hombre. Déjalos en paz y benditos de Dios— le aconsejó Corchado

—¿Cómo quieres que los deje? ¿Crees que esos armarios son así cualquier cosa?

Cuando estaban en lo más encrespado de la discusión apareció don Román.

—Perdone Vd., pero la visita ha sido un poco larga y no he podido venir antes.

—Desgraciadamente, don Román, ya no se puede hacer nada.

—¿Pero qué ha ocurrido?.

—Que se han llevado los armarios.

—¿Pero no era eso lo que Vd. andaba buscando, si no entendí mal?.

—Sí y no, don Román. Eso es lo triste.

—Desde luego a mí me tiene tarumba. Si ya no me necesita usted para nada, me voy porque tengo que ir al hospital. Hasta mañana. Y el doctor se alejó a grandes zancadas.

Corchado y don Leoncio se miraron perplejos.

Corchado aconsejó:

—Debías de subir a decírselo a Florinda.

—Sí, lo que faltaba —se quejó don Leoncio—.

En ésto llegó nuevamente Anselmo con el camión. Explicó que en vista de lo que tardaba en volver don Leoncio, había cargado los armarios en el camión y los tenía depositados en el almacén de vinos.

—¿Y los podrías tener allí hasta que encontremos sitios para ellos? —indagó don Leoncio, suplicante.

—Por unos días sí, pero cuando traigamos, para la semana que viene, todas las cubas las tenemos en Madroñero, tiene Vd. que sacarlos de allí, sin falta.

—Bueno, hijo, muchas gracias. Yo procuraré hacerlo en estos días que me das de respiro.

No perdió el tiempo don Leoncio. Puso un gran y costoso anuncio en el periódico local «*Brisas de Coraleja*», habló y ofreció los armarios a todas sus amistades y trató de convencer a su mujer para que los admitiera en casa, sin obtener resultado positivo alguno.

Un día se le presentó en casa, por la tarde, la señora Felisa, la que hacía flores de papel.

—Vengo porque me han dicho que vende Vd. unos armarios.

—Sí, señora, no le han engañado. Es cierto. Pase y haga el favor de sentarse.

—Y son muy caros.

—No señora y se queda Vd. con los cuatro le haré una considerable rebaja.

—No, yo con uno tengo bastante. ¿Cuánto pide Vd. por él?

—Pues mire Vd. los armarios valen cualquier cosa porque son de madera de nogal y hermosísimos, pero en consideración a que es Vd. viuda se lo puedo dejar por dos mil pesetas.

—¿Dos mil pesetas? Eso vale uno nuevo.

—Tenga en cuenta que son de madera de nogal, pero para que

vea Vd. que quiero hacerle un favor, págume mil pesetas y asunto, concluido.

Siguieron en el tira y afloja del trato y por fin quedó formalizada la venta en cuatrocientas pesetas.

—Ahora depende que me guste —remató la señora Felisa.

—Ya lo creo. En cuanto los vea Vd. estoy seguro que se lleva otro.

Fueron a verlos y a la señora Felisa le encantaron, ahora que cuantos esfuerzos se hicieron para entrarlos por las puertas fueron infructuosos. No hubo manera y el trato quedó cancelado. Los portes corrieron a cargo de don Leoncio, que terminó el asunto muy acongojado, porque además el plazo que le había concedido Anselmo se le terminaba. Confesó a Corchado:

—Voy a tener que alquilar una habitación para guardarlos hasta que salga comprador.

—¿Pero tú sabes lo que vale hoy día una habitación?, pues lo menos cuatrocientas pesetas que en un año son cuatro mil ochocientas pesetas y en diez años se te han puesto los armarios por cuarenta y ocho mil. Eso va a ser tu ruina Leoncio. Vamos a ver. ¿Por qué no los regalas?

—¿A quién? Ese es el problema.

—A don Segundo que tiene una casa muy grande.

—¿A don Segundo? Primero los quemó.

—Otra cosa, ¿por qué no se los ofreces al alcalde como donativo para la Biblioteca Municipal que acaban de instalar?

—Hombre, es una buena idea. ¿Y si no los admiten?

—No seas tan pesimista Leoncio.

Hubo suerte y los armarios fueron acogidos en el seno del Ayuntamiento de Corraleja, el cual tenía unas grandes habitaciones encima de la vivienda del señor Benito, el alguacil, dedicadas a Biblioteca y allí fueron colocados con todos los honores.

Por el enorme peso de los armarios, las vigas crujián lastimeramente, en el silencio de la noche y el matrimonio alguacilesco no dormía tranquilo. Enriqueta la mujer de Benito, no hacía más que mirar hacia el techo.

Una lívida madrugada, cuando la calma invadía toda la ciudad y Benito y Enriqueta habían conseguido conciliar, al fin, el sueño, cedió el piso de la Biblioteca Municipal y un montón de cascotes, maderas y tierras cayó sobre la infeliz pareja. El alguacil, adormilado, atontado por la sorpresa, se vistió a toda prisa, sin decir una palabra a su mujer, se lanzó a la calle velozmente y no paró hasta que un sereno le detuvo:

—¿Pero donde vas a estas horas, Benito?

A Benito no se le ocurrió más que preguntar:

—¿Por aquí no hay terremoto?

—No, aquí lo que llega de vez en cuando es algún borracho. Parece mentira Benito, con el puesto que tienes...

—Te estas equivocando Facundo. Si quieres vamos allá y lo verás. La Biblioteca Municipal se ha hundido. De eso estoy seguro.

Facundo el Sereno fué y comprobó que, efectivamente, la Biblioteca había caído sobre las habitaciones de Benito y que Enriqueta, su conyuge, estaba muy magullada, mientras los armarios, sin el más leve rasguño pervivían desafiantes y con las puertas en descomunal carcajada.

La primera autoridad que llegó al lugar de autos fué la del señor Alcalde:

—¿Qué es esto Benito? Este es el celo que tú tienes con los edificios encomendados a tu custodia?

—Es que nos cogió en el primer sueño, señor Alcalde — se excusó Benito.

Poco después se personó el secretario y sentenció:

— Hay que levantar acta inmediatamente.

El Alcalde ordenó a Benito:

—Avisa al aparejador para que venga a certificar sobre la causa de la catástrofe.

Llegó don Andrés, el aparejador, que brujeleó por todos los rincones y dijo sin duda de ninguna clase:

— La culpa la han tenido esos armarios que regaló don Leoncio. La Biblioteca se acondicionó sin sospechar, ni por asomo, que un día tuviera que alojar tales armatostes.

Entonces habló muy solemnemente el señor Alcalde:

— Son las seis de la mañana de un día que ha podido ser luctuoso para Corraleja y catastrófico para su Ayuntamiento. Afortunadamente ha ocurrido lo menos que podía pasar y tenemos aquí a los causantes de la hecatombe. ¿No creen Vdes. que debemos hacer con ellos algo ejemplar, antes de que se despierte y quiera venir a reclamarlos don Leoncio?

Todos comprendieron lo sensato de sus palabras y aprobaron la condena por unanimidad. Se avisó urgentemente al jefe de los bomberos y con gran sigilo fueron quemados los cuatro armarios de madera de nogal, a fuego rápido, en la margen derecha del río Dornitilo.

Cuando se enteró don Leoncio los armarios ya eran cenizas.

Su disgusto fué mayúsculo. Su amigo Corchado le consolaba:

—Hay que resignarse.

— Esos armarios no merecían ese final. Eran de madera de nogal. Si yo me llego a enterar a tiempo. ¡A traición tuvieron que hacerlo!

—Siempre te quedará ese consuelo— lo volvía a mirar Corchado.

—La única vez en mi vida que había tenido una herencia...— se lamentaba don Leoncio.

—Tú no eres de los que han nacido para recibir herencias en este mundo—filosofó Corchado.

—Tienes razón.



EXTREMEÑO CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.